

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Barrio con espectro

POR LLUÍS SATORRAS

“Soy el fantasma de Gracia”, dice en el prólogo de este libro Aitor Romero Ortega (Barcelona, 1985), un autor muy joven que muestra ya una voz muy potente, y ser el fantasma de un barrio justifica el dominio narrativo que ejerce sobre el resto de Barcelona, presente en casi todos los cuentos, porque si el protagonista no vive en la ciudad, pasa por ella en algún momento, y cuando no se nos dice de qué ciudad se trata el contexto permite deducirlo. Este dominio se traslada con naturalidad al ámbito de otras ciudades, París, Roma, Madrid, México, Buenos Aires, Grenoble, y así viajando de ciudad en ciudad contemplamos a los personajes de ese magnífico conjunto de relatos. Una similar voz narrativa equilibrada y constructiva es la que casi siempre nos conduce con una habilidad connatural por las realidades físicas del contorno y la que penetra en profundidad en la turbulenta mente de los personajes y, desde allí, el alma, el cerebro o el hígado entendemos las peripecias que viven. El único cuento narrado en primera persona, “Spaghetti Western”, es el que tiene mayor carácter autobiográfico, aunque gran parte de lo que se dice sea falso como hecho, pero no como pasión, sueño o celebración. El protagonista vive obsesionado por un disco de Bob Dylan que escucha continuamente (al contrario que Naima, la chica del cuento de igual título que solo quiere olvidar el fragmento de Coltrane que le da nombre a ella). Al fin de Dylan se le diluyen sus grandes mitos hasta que solo le queda uno, la calle Tallers junto a las Ramblas barcelonesas. Solo en una ocasión, la ciudad desaparece y es reemplazada



por un aeropuerto donde va a recrearse “La autopista del sur”, el gran relato de Cortázar. Una pequeña comunidad feliz en un tiempo de

Fantasmas de la ciudad

Aitor Romero Ortega
Candaya, 2018
234 páginas. 16 euros



Dos imágenes de la serie sobre presos de la fotógrafa Deborah Luster.



POESÍA

Cárcel dentro de la cárcel

La estadounidense C. D. Wright visitó las prisiones de su país para elaborar un reportaje en forma de poema. *Un gran ser* nace de una cruda mezcla de voces y registros

POR MARTA SANZ

La poeta estadounidense C. D. Wright (1949-2016) desvela el punto de partida de este poemario-reportaje que, como señala David Eggers, remite a James Agee: “Voy a la cárcel. / Voy a visitar tres cárceles de Luisiana. / Voy pisándole los talones a mi amiga Deborah Luster, / Fotógrafa”. Cuenta Wright que el país de las libertades sobresale por tener el mayor número de población reclusa despersonalizada; Wright dota de identidad ese concepto colectivo escribiendo retratos excelentes: “Baja, lista, bollera / completamente insegura de sí misma”. La poeta hace visibles a los arrumbados y para ello enumera objetos, recopila voces en distintas situaciones —interrogatorio— y con acentos distintos. En el proceso de hacer visible lo poco fotogénico, Wright no edulcora una injusticia sistémica contra las personas negras y pobres en la que “la violencia es tan norteamericana como el pastel de manzana”.

Con sus versos, Wright dignifica su poesía y la poesía toda. Entre la cifra y el recuento sociológico aparece la magia caracterizada por su materialismo y su dimensión política: “Soy altamente hipnotizable / Lavaría los pies de ese hombre y me bebería el agua”. La palabra de Wright es empática y agreste. Su mirada y sus versos se contraen con esa mala conciencia patrimonio de la izquierda. La realidad no queda reducida al código del realismo porque la perspectiva documental y la denuncia se combinan con la porosidad hacia supersticiones u horóscopos que marcan la visión del mundo de los presos. Ese aparente oximoron entre documento oficial y cartas astrales, constatación geopolítica y esperanza cósmica, ayuda a leer simultáneamente con microscopio y catalejo, con lente panorámica y con la fantástica defor-

mación del hiperrealismo. La poeta visita prisiones mientras recuerda a artistas encarcelados: Wilde, Ajmátova, Desnos... En *Un gran ser* se desarrolla una cadena asociativa entre encierro, identidad perdida, locura, olvido, exceso de introspección, dolor de lo lejano... Estamos en el dentro del dentro pero, más allá de este viaje hacia la ininteligibilidad como fruto de la represión, del espacio alterado por la privación de libertad, Wright subraya que esa privación es la puesta en abismo de otras ausencias de libertad “exteriores”: los niños llevan armas al colegio. En el extraño mundo del encierro se producen imágenes poco convencionales como la de esos hombres que se trenzan el pelo unos a otros después de haber hecho gimnasia. Alicia en el país de las maravillas es el relato de una pesadilla igual que el tablero de *La mansión de la felicidad* —primer juego de mesa lanzado en EE UU—, que también tiene cárcel. Cárcel dentro de cárceles.

La disposición de las palabras en la página es enrejado, caos, orden, rigor, los sumandos de la suma en nuestra simplificada cabeza que opera sobre una realidad asimismo falsamente simplificada, una realidad de *multiple choice test*, que niega la posibilidad de lo complejo. La publicidad restringe las opciones para que la única sea comprar. La publicidad/enseñanza restringe las opciones para que el campo de visión sea cerrado. La U siempre sale mal en las prisiones; se pierde la perspectiva: nos lo hizo sentir Marcos Ana cuando escribió *Decídme cómo es un árbol*. Él fue un poeta y un preso político. Wright es una poeta que nada más entrar en la cárcel se sintió culpable.

Un gran ser

C. D. Wright. Traducción de Antonio Alarcón. Libros de la Resistencia, 2018
192 páginas. 13 euros

ENSAYO

Una calidad del alma



Góndolas en Venecia en torno a 1910. GETTY IMAGES

POR ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Una vez que la pérdida del papel de los intelectuales ha alcanzado el rango de tema académico, ya no creemos vigente la escena iluminada por los focos desde la que un señor pensador difunde su meditación con altavoces. El momento alíquo de esa representación —en España— quizá fueron los años veinte: el incontestable Unamuno, el Ortega perejil de todas las salsas que fueran aderezo de modernidad. Pero todavía es más raro, entonces y ahora, otro tipo de intelectual, uno que desde el silencio del estudio, desde la penumbra de la timidez se resiste a su conversión en personaje, y gracias, justamente, a ese apartamiento, alcanza a reconocer condiciones significantes del propio tiempo que los otros, danzantes en el vórtice del tornado histórico, no pueden ver. Ninguno en este punto como Ángel Sánchez Rivero (Madrid, 1888-1930), cuyos ensayos completos nos ofrece ahora esta magnífica edición de Enrique Selva. Sánchez Rivero, además, murió con 42 años, así que la fatality acabó cooperando con aquel temple íntimo para lograr una obra maestra de la invisibilidad. Y sin embargo... ¡Ah, los sin embargo! Sánchez Rivero es, en virtud de un puñado de ensayos publicados de 1927 a 1930 en *Revista de Occidente* y de unas anotaciones que luego fue sacando. Jarnés allí mismo ese otro, pensador contemplativo, sin papel, sin escena, pero capaz por eso mismo de apuntar con *sugesse y finesse* incomparables a los nódulos significantes del tiempo: la democracia, la civilización, el fascismo.

Archivero y bibliotecario en el Bilbao de *Hermes* y del Lyon d'Or, trabajó luego en el extraordinario Gabinete de Estampas de la Biblioteca Nacional y publicó un tomito sobre *Los grabados de Goya*. Ejerció la crítica de arte en el semanario *España* y prefirió, en ese campo, una modernidad casi dorsiana, que en el batiburrillo de la Sociedad de Artistas Ibéricos (cuyo manifiesto firmó) vio representada por Vázquez Díaz, Solana, Cristóbal Ruiz... Antes de la famosa exposición de la SAI de 1925, Rivero marchó a Italia, donde encontraría a su mujer, Angela Mariutti, con la que compuso una edición del *Viaje de Cosme III de Médicis por España*. A su vuelta, publicó ese puñado de ensayos —*Las ventas del Quijote*, *Vida de Disraeli* y, sobre todo, *Correo de Venecia*— en los que su invisibilidad personal resulta un particular modo de comprensión. Aun así y desde su inicial orteguismo, le dio tiempo a una especie de revuelta crítica tras la que concretó en el fetichismo de la cultura y en el mito del progreso las dos fugas que, tras la Gran Guerra, habían hecho zozobrar la nave moderna en un mar de contradicciones. Él mismo se había internado por caminos intelectualmente abandonados, entre ellos, el de la religión; es ahí donde se pudo reconocer a sí mismo al encontrarse con un Nietzsche (Sobejano en su *Nietzsche en España* consideró a Rivero su mejor intérprete español) que no era el fabricante de los conceptos famosos con los que juegan las discusiones académicas, sino alguien o algo muy distinto, a lo que llamó “una calidad del alma”.

Correo de Venecia y otros ensayos

Ángel Sánchez Rivero
Edición de Enrique Selva. Pre-Textos, 2018
440 páginas. 30 euros